

cesitaban aceptar la paz, sin perjuicio de emplear la astucia para vencer á los españoles.

—Ignoran que yo estoy aquí,—dijo Guaorocaya á Cotabanamá,—y sólo saben que tú eres el jefe de los ciguayos. Yo me retiraré á las montañas con los soldados de Umatex, mientras tú finges que aceptas la paz y te presentas á los españoles. Cuando más seguros se crean, yo caeré sobre ellos y su ruina será inevitable.

Resueltos á aplazar su venganza, propusieron los indios la paz á Esquivel, y éste accedió á sus ruegos, á condicion de que le pagasen un crecido tributo.

Los indios aceptaron todas las condiciones.

Capítulo XXII.

El último recurso.

Cotabanamá se presentó á Esquivel, y éste le recibió con las mayores muestras de aprecio, porque habia tenido ocasion de observar su valor y era hombre que en el fondo poseia los mejores sentimientos.

Habia una costumbre entre los indios, que pusieron en práctica los caudillos.

Esta costumbre era la de cambiar los nombres, lo cual significaba entre ellos eterna y fraternal amistad.

Desde entonces los indios llamaron Juan Esquivel á su cacique, y Cotabanamá al jefe de los españoles.

Para evitar que se insurreccionáran de nuevo, aprovechó Esquivel las buenas relaciones que tenia con los indios, y mandó construir una fortaleza cerca del mar y en un paraje estratégico.

Dejó en el fuerte nueve hombres á las órdenes de Martín de Villaman, se despidió de su amigo y volvió á Santo Domingo con sus tropas y la parte del botín que á cada uno de sus guerreros habia tocado.

La paz duró muy poco.

Martín de Villaman exigió á los indios, además del duro trabajo de cultivar las tierras, la humillante y penosa obligación de conducir los frutos á Santo Domingo.

Opusieron resistencia á esta orden, y con una crueldad inaudita ahorcó á los que capitaneaban aquella rebelion, lo que dió lugar á que Guaorocaya y Cotabanamá se aprestasen de nuevo á vengar aquellos ultrajes.

No se reducía á esto sólo la crueldad de los españoles.

Se entregaron al más punible libertinaje, cometiendo toda clase de violaciones.

No era posible resistir tamañas felonías.

Los indios cayeron de improviso sobre los defensores de la fortaleza, y vengaron sus injurias asesinando á los españoles, incendiando despues la fortaleza y convirtiendo aquel baluarte en un monton de cenizas.

Uno de los soldados pudo escaparse del furor de los indios, y corrió á Santo Domingo á llevar la nueva de la catástrofe.

El último resto de consideracion por parte de Ovando desapareció por completo.

Profundamente irritado, dispuso que sus capitanes

reuniesen el mayor número posible de tropas y entrasen á sangre y fuego en la provincia de Higüey.

Dió el mando de esta expedicion á Esquivel, reunió á los españoles un crecido número de indios aliados suyos, y aquel ejército se puso en marcha para buscar las huestes de Guaorocaya y Cotabanamá.

Estos dos valientes caciques esperaban la invasion de los españoles.

Las mujeres, los ancianos, los niños, se refugiaron en lo más escabroso de las montañas, de las selvas y en las cavernas.

Todos los que podian disparar la flecha resolvieron luchar.

Los accidentes del país, las escarpadas rocas que le circundaban, los intrincados bosques, ofrecian eficaz defensa á los ciguayos.

No arredró esto á los españoles.

Prosiguieron su marcha con guias indios de los que por temor los servian, y despues de penetrar en el departamento de Higüey, hicieron alto en una de las selvas donde podia funcionar la caballería.

Aprisionando á los pocos indios que encontraron al paso, les impusieron atroces tormentos para que denunciasen los planes de sus caciques y manifestasen las fuerzas con que contaban.

Ninguno habló.

Preferian morir á vender á sus hermanos.

Atravesando la selva, vieron desde lejos gran número de indios reunidos en una de las ciudades, armados con arcos y flechas, pero sin defensa alguna.

Al descubrir á los españoles dispararon sobre ellos sus flechas, acompañando este ataque con espantosos alaridos.

Como siempre sucedia, no alcanzaron las flechas, y los disparos de los españoles les pusieron en precipitada fuga.

Cada cual se ocultó donde mejor pudo, y aunque los españoles les persiguieron, las sinuosidades del terreno les impedían cazarlos como deseaban.

Para aumentar el número de prisioneros, llevaban los guías á algunos ciguayos que habian caído en su poder, y los atormentaban continuamente para que descubriesen los sitios donde estaban escondidos sus hermanos.

Atábanles una soga al cuello, y cada dos ó tres soldados españoles llevaban á uno de estos indios.

En la imposibilidad de luchar con ellos brazo á brazo, apenas pasaba alguno de los guías por un precipicio se arrojaba á él para arrastrar en su caída á los dos ó tres soldados que los conducían, é inutilizarlos de este modo.

Irritados con estos actos, cuando en medio de los bosques ó de las sinuosidades de las cavernas encontraban algunos indios, los traspasaban inicuamente con sus espadas, sin respetar siquiera á las mujeres en cinta, á las madres que llevaban en sus brazos á sus hijos, á los ancianos, ni á los sacerdotes.

La carnicería que habia tenido lugar en Xaragua se repetía en Higüey.

Los indios, sin embargo, se dirigian precipitada-

mente á la ciudad en donde Guaorocaya y Cotabana má se habian refugiado, para defenderse allí de sus opresores.

Para llegar á ella tomó Esquivel la playa y arribó á un sitio desde el que partían dos caminos con dirección á la ciudad.

Uno de ellos era llano, en pendiente suave, y estaba limpio de árboles y ramas que estorbasen el paso á los ginetes y á los infantes.

Creyendo los indios que aquel camino seria el que elegirían los españoles, se emboscaron en él para sorprender á sus enemigos y vencerlos.

El otro camino era impracticable.

Estaba lleno de árboles, y muchos de ellos cortados y hacinados en el suelo, hacían penoso para los peones el tránsito y de todo punto imposible para los caballos.

Esquivel adivinó el lazo que le habian tendido, y aunque con gran trabajo se abrió paso por el segundo camino.

Las dificultades cesaron.

A la media legua el camino era llano, lo que hizo comprender á Esquivel que los arbustos que habia en el suelo habian sido colocados de expreso para que no pudieran pasar los españoles.

Avanzaron con rapidez, y al hallarse á muy corta distancia de la población, tomaron por opuesto lado el otro camino y sorprendieron á los indios que estaban emboscados, destruyéndolos por completo.

Los demás indios, desesperados, frenéticos, aban-

donaron sus madrigueras y corrieron al encuentro de los españoles, disparando sus aceradas flechas.

Viendo que no alcanzaban con ellas á sus enemigos, se apresuraron á lanzar contra ellos una lluvia de piedras.

La batalla se trabó en toda regla: los indios pelearon brazo á brazo con los españoles, dieron grandes ejemplos de heroísmo; pero al cerrar la noche todo quedó en silencio.

Los pocos que habian quedado con vida corrieron á refugiarse en las selvas.

El campo estaba sembrado de cadáveres.

Un profundo silencio siguió á los alaridos y á los gritos de la batalla.

Los españoles se apoderaron de la ciudad.

La bandera de la independenciam de los indios habia quedado completamente desgarrada.

No terminó por eso la guerra.

Los indios, convencidos de su impotencia, se dispersaron, refugiándose en las montañas.

Los españoles, á su vez, se dividieron, y cuando los encontraban los cazaban como fieras.

Su principal deseo, porque así lo queria Ovando, era apoderarse de Guaorocaya y Cotabanamá.

A este fin no dejaron de explorar sendero alguno, penetrando hasta en las cavernas y registrando los bosques.

Pero todo cuanto se dijera seria pálido al lado de las reseñas que hace el padre Las Casas, testigo ocular de aquellos horrores.

«Los indios eran tan cautelosos, dice, en su modo de evadirse, que unos pisaban sobre las huellas de los otros para que creyesen sus enemigos que veinte ó treinta no eran más que uno solo.

»Habia, sin embargo, españoles tan diestros en cazar indios, que hasta con el olfato, como los perros, descubrian sus madrigueras.

»Cuando cogian á un solo indio, le obligaban por medio del tormento á revelar el sitio donde estaban sus compañeros.

»Le ataban despues por el cuello y le hacian servir de guia.

»Cuando descubrian uno de los albergues en que se refugiaban los ancianos y los enfermos, débiles mujeres é indefensos niños, les daban despiadada muerte.

»Quisieron inspirar terror para someter aquella tribu por este medio.

»Cortaban las manos á los indios que se encontraban al paso, y los enviaban, como ellos decian, á entregárselas en vez de cartas á sus paisanos, pidiéndoles que se rindiesen.

»Innumerables fueron, dice Las Casas, los que quedaron mutilados de este modo, y muchos de ellos espiraron en medio de los más atroces dolores.

»Se deleitaban los conquistadores en ejercer extrañas é ingeniosas crueldades.

»Hacian horcas anchas y bajas, de modo que los pacientes tocasen la tierra y fuese larga su muerte.

»Ahorcaban trece á la vez, en reverencia, dice in-

dignado Las Casas, de nuestro bendito Salvador y de los doce apóstoles.

«Mientras estaban las víctimas suspendidas y todavía vivas, ensayaban la fuerza y el filo de sus espadas, dándoles sendos mandobles.

«Después los envolvían en paja seca y les pegaban fuego, terminando aquellos infelices su existencia en la más terrible agonía.

«Todos estos horrores, y otros repugnantes á la naturaleza humana, mis propios ojos los vieron, añádele el padre Las Casas, y ahora casi temo repetirlos, apenas creyéndome á mí mismo y dudando si habrán sido sueños.»

A pesar de todas estas crueldades se convenció Esquivel de que todos sus esfuerzos para domimar el departamento de Higüey serían inútiles mientras que Guaorocaya y Cotabanamá estuviesen libres.

Los dos se habían refugiado en la isla de Saona, en cuyo centro había una caverna defendida por un laberinto de selvas y de bosques.

Allí vivían con los escasos restos de su familia.

Mandó á buscar una carabela á Santo Domingo, se dirigió á Saona, desembarcó con cuarenta hombres, sorprendió á dos espías, y matando á uno de ellos de una manera horrorosa para amedrentar al otro, le exigió que fuera su guía y que le condujese adonde estaban los caciques.

Algunos españoles, deseosos de alcanzar la gloria de capturarlos, iban delante muy resueltos.

Llegaron á una especie de enrucijada en que se dividía el camino.

Casi todos los soldados tomaron el de la derecha.

Uno de ellos, llamado Juan Lopez, hombre fuerte y diestro guerrero, tomó una senda que por la izquierda conducía á unos bosques muy espesos.

Al poco rato de avanzar por allí encontró á doce indios armados con flechas, que hubieran podido anadarle.

Pero al verle, de improviso pensaron que detrás de él iría un formidable ejército y se amedrentaron.

—Vengo á buscar á vuestros jefes,—les dijo Lopez.

Los indios, sin saber lo que les pasaba, se retiraron, y á poco se encontró Juan Lopez en presencia de Cotabanamá.

El valeroso indio iba á disparar su flecha contra Lopez cuando éste, cayendo rápidamente sobre él, le atravesó con la espada.

Los indios huyeron aterrorizados.

Cotabanamá, herido y todo, luchó con su adversario.

Pero éste con una nueva estocada le tendió en tierra.

El cacique quiso arrancarse el acero que atravesaba su pecho para matar á su enemigo.

A pesar de la sangre que brotaba de su herida, pudo levantarse y luchar brazo á brazo con Juan Lopez.

Al fin y al cabo pudo empujarle hácia un precipicio, donde le despeñó, casi al mismo tiempo en que él lanzaba el último suspiro.

Mientras esto pasaba allí, los demás españoles se apoderaban de Guaorocaya.

Encadenado el heroico rey, resolvieron darle muerte y al efecto formaron una hoguera para abrasarle en ella.

Pero como no habian recibido orden para tanto; como por otra parte la presencia del último cacique de Haiti encadenado podria servir de escarmiento á los indios que quedaban libres, decidieron llevarle á bordo del buque hasta Santo Domingo.

Allí encontró á Anacaona encadenada como él, y próxima á ser juzgada por los españoles de la manera más inicua.

El cadalso iba á extinguir en breve la raza de los reyes de Haiti.

Capítulo XXIII.

El suplicio de Anacaona.

Anacaona aguardaba el resultado del proceso que por orden de Ovando se habia instruido contra ella en un calabozo privado de luz y sin ventilacion apenas, tratada como si fuera una criminal temible.

Para mayor tormento, habia alejado de su compañía á los indios que, como ella, sufrían el cautiverio, y le habian dado por carcelero á un hombre cuyo mayor goce era mortificar á los indigenas.

Todo lo sufría con paciencia Anacaona, confiada en que vivía su esposo y en que no tardaría en volver á libertarla.

Otra esperanza le sonreía en medio de su amargura.

Habia corrido la voz de que Colo ndebia llegar de